

Reseña de la charla-coloquio: “Jugar: ¿un placer o una necesidad?”.

AMPA CEIP La Almadraba y Asmi. Alicante.

El miércoles, día 14 de febrero de 2018 de las 17'30 a las 19'30 horas tuvo lugar la segunda sesión del encuentro “Inter-cambios. Espacio para la reflexión sobre la crianza”, que se celebró en el Colegio Público La Almadraba, sito en la Calle Deportista José Bañón, 4(Alicante).

La actividad fue una charla-coloquio organizada por la AMPA del centro e impartida por un miembro de Asmi (Asociación para la salud mental infantil desde la gestación, filial de la Waimh en España).

Se comenzó con una breve presentación de Asmi y a continuación Ángel Guasp de la AMPA presentó a la persona que iba a impartir la charla y dinamizar el espacio: Mari Carmen Díez, maestra y psicopedagoga.

En esta ocasión el tema abordado fue: “¿Jugar: un placer o una necesidad?”.

Las personas asistentes también se presentaron, comentando sus intereses prioritarios sobre el tema de la charla y también las edades de sus hijos, con la intención de recoger y centrar al máximo la exposición en las expectativas de las familias participantes. La dinámica que se estableció fue agradable, hubo muchas intervenciones y se entró en diálogo con facilidad.

A lo largo de la charla se mostraron varios libros de juegos relacionados con lo que se iba hablando, que suscitaron bastante interés. Y surgieron aspectos derivados de las inquietudes de los padres y las madres asistentes, como: los celos, las peleas entre hermanos, la conveniencia o no de jugar con los hijos, los distintos significados del aburrimiento, la adicción a las pantallas, los juguetes, las aficiones, la actitud ante el juego de los niños...

Hubo una evaluación espontánea que fue muy positiva, reflejándose en ella la necesidad de emplear tiempo en estos intercambios para profundizar y aprender. En conjunto ha sido un trabajo interesante para todos los participantes.

A continuación irá un resumen, facilitado por la ponente, que recoge las ideas principales expuestas en la sesión.

RESUMEN

¿Jugar es un placer o una necesidad?

Mari Carmen Díez

Jugar es una cosa muy seria para un niño pequeño, porque el juego es necesario y vital, es señal de salud, y hace un papel de conexión y puente, desde el placer hasta la realidad.

Los niños juegan, sobre todo porque jugar es un placer que se disfruta de inmediato. De hecho, al jugar, el niño siente que su cuerpo funciona bien y aprende, goza, imita y practica situaciones cotidianas, inventa, elabora sus conflictos, se acerca a los objetos y a los demás niños a su ritmo y manera. Los juegos estimulan el desarrollo intelectual desde las capacidades motrices, hasta el lenguaje y la capacidad de simbolización, y también estimulan los hábitos necesarios para el crecimiento y el aprendizaje: perseverancia en el esfuerzo, tolerancia a la frustración, concentración, riesgo para explorar e imaginar.

Jugando el niño se siente libre, adquiere seguridad, conoce su cuerpo, sus posibilidades de movimiento, pone palabras a sus acciones, va dominando la realidad física a su alcance y va captando los sentimientos y emociones de los demás. Jugando los niños van aprendiendo, ganando habilidades y entendiendo cómo funcionan las cosas y por qué. Se dan cuenta de que hay reglas del azar, de la probabilidad, de la conducta y de los propios juegos, y que han de seguirse si queremos que los otros jueguen con nosotros. Jugando comprenden que perder no supone que se acabe el mundo y que ganar no supone ser el único o el mejor. Jugando comparte el mundo de los adultos y va integrándose despacio y placenteramente en la vida y las costumbres de su entorno.

El juego parte del afecto y el revestimiento de palabras, calor, voces y caricias con los que las personas de referencia envuelven el cuerpo del niño: su piel, sus sentidos y sus primeros movimientos. El pequeño consigue la atención de su madre y de su familia a base de mirar los contextos conocidos y seguros, de probar a repetir gestos, sonidos y movimientos, y de hacer

alarde de sonrisas, llantos, o ruiditos varios que cada día serán más claros y entendibles para los demás... Al recibir la mirada afectuosa de sus padres, irá avanzando en sus tanteos hacia la comprensión y el dominio de la realidad y será el apego con ellos el que hará que se sienta protegido, lleno, y que empiece a elaborar una autoestima que le hará sentirse casi omnipotente y desear seguir creciendo.

Para el niño en este momento inicial será necesario notar ciertas pequeñas ausencias, que le harán movilizarse a su favor para obtener lo que desea y necesita. Cuando la madre no está por un rato, cuando quiere que lo cojan y no puede ser en ese instante, cuando siente un vacío que le hará ponerse en acción para entretenerse y lograr un placer sustitutivo que se asemeje al que añora y pretende.

Este proceso es recíproco. Los padres quieren y cuidan a su niño, y él nota que lo miran, lo atienden y acuden a su llamada cuando los necesita. Así que con tal de repetir la satisfacción que logra al poner a funcionar su reclamo de amor, va practicando sus juegos, que empiezan por ser puras maniobras de movimiento: ese jugar a mover los dedos, a alcanzarse los pies, a chupar la sábana, a coger y soltar objetos, a desplazarse para obtener el juguete deseado, a esconderse, o a mirarse al espejo... También prueba a mantenerse erguido, a sentarse, gatear y a dar sus primeros pasos. Es cuando tosen sin tener tos, cuando lloran sin tener pena, o cuando mueven un objeto sabiendo que a su madre eso le va a proporcionar una alegría que revertirá en placer al ser por ello valorados, jaleados, o colmados de cariño.

Durante un tiempo largo los niños jugarán en soledad, con su cuerpo, la naturaleza o los juguetes. Necesitan esta libertad de acción, este "ir a la suya", este "mandar" absolutamente en sus juegos, sin tener que acordar o negociar con los compañeros nada. Eso vendrá más adelante. Es un signo de salud y bienestar que un niño pueda jugar solo y no supone, como algunos padres piensan con preocupación, que por eso vaya a ser un insociable o un solitario. El juego en privado es bueno y necesario. Proporciona autoestima y seguridad, y prepara para el juego en compañía.

En un cierto momento el niño empieza a darse cuenta de que parte de su placer depende de otros, depende de los peligros de la realidad externa y depende de su habilidad, que aún es muy débil. O sea, que descubre sus

límites y su autonomía. Y tendrá que aprender a regularse, a saber hasta dónde puede llegar, a soportar los errores y las pequeñas frustraciones, perdiendo, de paso, su impresión de omnipotencia y comenzando a manejar su agresividad, a encajar el dolor y las inseguridades, y a hacer las cosas por sí mismo.

Según las edades y las circunstancias, el juego adopta múltiples modalidades. En la primera etapa cuando el niño es muy pequeño, se juega a partir de los sentidos, el movimiento y el cuerpo, sin tener en cuenta ninguna regla, salvo el principio de placer. Después vienen los juegos de imitación, exploración y manipulación de objetos. Esos juegos de esconderse y aparecer, de golpear, de correr para ser atrapado, de meterse en sitios varios... Más adelante se dará un juego simbólico, en el que podrá transformar la realidad a la medida de sus deseos, como cuando coge un palo y juega a que es un caballo, una espada, o un tren, cuando hace el papel de mamá, de caballero o de gato.

Para sus juegos el niño se rodea de objetos cotidianos, de elementos de la naturaleza, de productos de la imaginación y, claro está, de los juguetes, que ofrecen al niño compañía, identificaciones y afecto. En todas las épocas ha habido juguetes para los niños. Muñecas de trapo, de loza o de madera, pelotas de piel u otros materiales, casitas de todo tipo, animales tallados, bolas, pequeñas armas, cuencos y otros objetos de uso cotidiano, coches de hojalata, muñecos de cuerda, peonzas....

Los juguetes ayudan al niño a elegir, decidir y dominar sus juegos. Un juguete en la mano de un niño se convierte en un compañero a sus expensas, en un obediente intermediario entre su realidad interna y el mundo exterior a conocer, ensayar y en el que sentirse seguro. El juguete pone cuerpo a los sueños, permite que se materialicen los deseos y ofrece pistas al niño sobre el mundo de sus sentimientos. Sin embargo, últimamente se pone a la mano de los niños un excesivo número de juguetes, y eso provoca que no los estimen lo suficiente, que no les cojan cariño, que busquen en ellos más la novedad del momento, que el juego y la fabulación, así que se desinteresan pronto de ellos y no los utilizan como compañía placentera. Si un niño tiene un exceso de juguetes acumulados en su estantería, puede darse el hecho curioso de que diga que no sabe a qué jugar o que se aburre. En cambio si

tiene pocos o en un momento dado, no tiene ninguno a mano, eso no constituye ningún desastre, porque el deseo de jugar es tan imperioso que impulsa al niño a tener que inventar un juguete con una tela, una escoba o un papel..., y ese movimiento lúdico y creativo, será para él no sólo una fuente de placer, sino la base de futuras creaciones.

Últimamente hay juguetes que obedecen a la política del botón, situando a los niños de espectadores y no de sujetos activos de sus juegos, tendiendo a sobreestimular, provocando que los niños deseen cosas por encima de su edad, y creando adicciones tempranas, lo cual llega a ser preocupante. También hay abundancia de juguetes pensados para convencer a los padres, (deseosos de que sus hijos "prosperen"), de que por un poco más de precio, ese oso blandito le servirá a su niño para aprender, ya que sólo con tocarle la pata, dirá los números, las letras o los colores en castellano y en inglés. Pero en realidad lo que pasa es que esos juguetes tan "listos", interrumpen el juego imaginativo y natural de los niños, obligándolos a escuchar retahílas, cuando ellos lo que están queriendo es simplemente jugar. Cuidado con estos juguetes que descolocan a los niños de las necesidades y los privilegios de su momento infantil y los abocan al consumo, como público potencial que serán, en un futuro próximo.

Sabiendo que lo que se juega en el juego de los niños son asuntos tan importantes como: la gestación de la identidad, el crecimiento de la autoestima, el estreno de la capacidad creadora, la elaboración de los conflictos, el inicio del acercamiento a los demás y la puesta en marcha de los primeros aprendizajes, estaría bien cuidar un poco más la elección de los juguetes que van a ir a parar a sus manos.

En este sentido recordemos que hay muchos juguetes que siguen dando juego: la arena de la playa, las piedras, las hojas, el agua, las cacerolas, las telas, las sillas, las cajas, las pinturas, los humildes balones, las muñecas, las bicicletas, los rompecabezas, el parchís...Sin olvidar los buenos cuentos leídos con calma y con cariño en los brazos de mamá, o de papá.

Propongo, pues, que busquemos juguetes sencillos, que inviten a los niños a inventar, a moverse, a probarse a sí mismos, a crear relatos simbólicos, a imitar a los mayores, a compartir con los amigos, a elaborar sus vivencias, a disfrutar y a crecer.